

Temo que has de arrepentirte pronto de semejante calaverada, cuando no tenga remedio.

—Nunca vuelvo los ojos al pasado. Adiós, Mauricio.

Mauricio le puso tímidamente cinco luises en la mano.

—Adiós, Arcadio.

Pero cuando el ángel salía, en el momento preciso en que, ya en la escalera, sólo mostraba un talón levantado, próximo a desaparecer, Mauricio le llamó:

—¡Arcadiol... ¡Ahora se me ocurre que al irte me quedo yo sin ángel custodio!

—Es cierto, Mauricio.

—Entonces, ¿qué será de mí?... Hemos de tener un ángel custodio... ¿No se arrostran dificultades y peligros cuando no se tiene?

—Antes de contestarte, Mauricio, te preguntaré si deseas que te hable conforme a tus creencias, que fueron también las mías, según las enseñanzas de la Iglesia y de la fe católica, o según la filosofía natural.

—No puedo admitir seriamente la filosofía natural; respóndeme con arreglo a la religión que profeso, en la que firmemente creo y en la cual he de vivir y morir.

—Pues bien, amado Mauricio: la falta de tu ángel te privará seguramente de ciertos socorros espirituales y de ciertas gracias divinas. Te digo lo que te diría la Iglesia: te faltarán apoyos, ayudas y consuelos que te sostuvieran y te guiaran en el camino de tu salvación; te será más difícil resistir las tentaciones. Siempre fuiste débil para el pecado, pero en adelante y en el orden espiritual, vivirás falto de vigor y de alegría. Adiós, Mauricio. Cuando veas a la señora de Aubels, salúdala en mi nombre.

—Pero, ¿te vas?

—Adiós.

Al desaparecer el ángel, Mauricio, abatido en una mecedora, se quedó largo rato con la cabeza hundida entre las manos.

CAPÍTULO XII

Donde se cuenta de qué modo el ángel Mirar, que prodigaba consuelos y dones en el barrio de los Campos Elíseos de París, vió a una cupletista llamada Bocota y la amó.

El ángel emprendió su camino a lo largo de las calles, donde lucecitas amarillas y blancas salpicaban la densa neblina roja, donde los caballos al relinchar lanzaban su aliento humeante, donde los faros de los automóviles proyectaban surcos luminosos al cruzar velozmente la ciudad de norte a sur hasta los desiertos bulevares de la orilla izquierda y entre la obscura y movible masa de los transeuntes. No lejos de los viejos muros de Port-Royal, una casa de comidas proyecta por las noches sobre la calle la turbia claridad de sus cristales empañados. Detúvose allí Arcadio y entró en la sala, por la cual se esparcía un vaho de cocina y de estufa confortador para los infelices transidos de hambre y de frío. Sus ojos descubrieron al instante nihilistas rusos, anarquistas italianos, emigrados, conspiradores, revolucionarios de todos los países, venerables cabezas de donde fluyen las cabelleras y las barbas como los torrentes y las cascadas fluyen de las rocas, rostros juveniles de virginal rudeza, miradas terribles y hurañas, pálidas pupilas de

inmensa dulzura, expresiones atormentadas; y en un rincón dos mujeres rusas, una muy hermosa, la otra repulsiva, semejantes por el absoluto desprecio que ambas sentían hacia la belleza y la fealdad. Pero sin descubrir la fisonomía que buscaba, seguro de que ninguno de aquellos era un ángel, tomó asiento junto a una mesita de mármol.

Los ángeles, aguijoneados por el hambre devoran como los animales terrestres, y su alimento, transformado por el calor digestivo, se asimila a su celestial substancia. El día que Abraham descubrió tres ángeles a la sombra de las encinas de Mambré, ofrecióles tortas amasadas por Sarah, un ternero, manteca, leche, y comieron; y cuando Lot hospedó a dos ángeles en su casa, hizo cocer panes sin levadura, y comieron.

Un mozo poco aseado sirvió a Arcadio un pedazo de carne como suela, y se la comió. Pero al pensar en los ocios apetecibles, en la tranquilidad, en los deliciosos estudios que abandonaba, en la dura tarea que se imponía, en los trabajos, en las fatigas, en los peligros futuros, su alma se entristecía y se acongojaba su corazón.

Cuando acababa su frugal comida vió asomar por la puerta de la sala a un hombre joven, de aspecto miserable, pobremente vestido, que después de recorrer las mesas con una mirada se acercó y al saludarle llamóle Abdiel.

—Yo estaba seguro de que acudirías a mi llamamiento, Mirar—le dijo Arcadio, que aplicó a su angélico hermano el nombre usado en el cielo.

Pero el arcángel Mirar había perdido la memoria desde que abandonó el servicio de Dios. En la tierra se llamaba Teófilo Belais, y para ganarse la vida dedicaba

el día a dar lecciones de música a varios niños y la noche a tocar el violín en los bailes populares.

—¿Eres tú, querido Abdiel?—preguntó Teófilo—. ¡Ya estamos reunidos de nuevo, ahora en un mundo triste! Me alegra mucho encontrarte, pero te compadezco, porque nuestra existencia es aquí muy dificultosa.

Arcadio le animó:

—Amigo mío, tu destierro acabará pronto; concebí magníficos planes; te los comunicaré y te asociaré a ellos.

Después de pedir dos cafés, el ángel tutelar de Mauricio reveló al camarada sus ideas, sus proyectos, y le puso en antecedentes de cómo hallándose de guarda en la tierra se le ocurrió hacer investigaciones desacostumbradas entre los ángeles, y profundizó las teologías, las cosmogonías, los sistemas del mundo, las teorías de la materia, los modernos ensayos acerca de la transformación y el desgaste de la energía. Le hizo saber que al estudiar la Naturaleza, la encontró en contradicción con las enseñanzas del Maestro a quien servía. Este dueño suyo, ansioso de poderío, a quien adoró durante largo tiempo, se le aparecía ya como un tirano ignorante, cruel y estúpido. Le había renegado y blasfemado; ardía ya en deseos de combatirlo; su propósito consistía en repetir la rebelión de los ángeles; deseaba la guerra y se prometía la victoria. Terminó con estas palabras:

—Es indispensable medir nuestras fuerzas y las del Adversario.

Preguntó si los enemigos de Ialdabaoth eran numerosos y fuertes sobre la tierra.

Teófilo alzó los ojos y miró a su hermano con tanta sorpresa como si no entendiese los asuntos que se le consultaban.

—Querido compatriota—dijo al fin—. He acudido a tu llamamiento por el gusto de ver a un antiguo camarada, pero no comprendo lo que propones y temo no poder ayudarte. Ni vivo mezclado en la política, ni me sienta el papel de reformador, ni soy, como tú, un espíritu rebelde, un librepensador, un revolucionario. En el fondo de mi alma todavía me conservo fiel a mi celestial Creador. Ya no sirvo a mi Dueño, pero aun le adoro, y me desconsuela el recuerdo de los días en que, sostenido por mis alas, formé con la muchedumbre de hijos de la Luz una aureola llameante que rodeaba su trono glorioso. El amor, el amor profano es lo único que me ha separado de Dios. Abandoné las delicias del Cielo para seguir a una hija de los hombres. Era hermosa y cupletista.

Se levantaron. Arcadio acompañó a Teófilo, que al otro extremo de la ciudad tenía su domicilio en la esquina que forma el boulevard Rochechouart con la calle de Steinkerque. Mientras avanzaban en la obscuridad desierta, el amante de la cupletista refirió a su celestial hermano sus amores y sus penas.

Dos años antes había caído súbitamente. Perteneció al octavo coro y a la tercera jerarquía, y era el encargado de repartir mercedes celestiales entre los fieles que aun abundan en Francia, sobre todo entre los jefes de los ejércitos de mar y tierra.

—Una noche de verano—dijo—, al bajar yo de mi celeste morada para distribuir consuelos, perseverancias e indulgencias entre varias personas piadosas del barrio de l'Etoile, mis ojos, a pesar de hallarse acostumbrados a los resplandores inmortales, deslumbráronse con las flores de fuego que esmaltaban los Campos Elíseos. Los potentes focos de luz que indicaban las puer-

tas de los cafés, de los hoteles y de los restaurants, daban al follaje el precioso esplendor de la esmeralda. Ondulantes guirnaldas de perlas luminosas rodeaban los recintos al aire libre, donde se apiñaba una muchedumbre de hombres y mujeres, ante una embriagadora orquesta cuyos acordes llegaban confusamente a mis oídos. Hacía mucho calor; languidecían mis alas. Descendí sobre uno de aquellos espectáculos y descansé, invisible, entre los espectadores. Apareció en el escenario una mujer vestida con falda corta, bordada en oro y lentejuelas. Ni los reflejos de la batería ni los afeites del rostro apagaron la expresión de su sonrisa y de su mirada. Su cuerpo era flexible y voluptuoso. Cantó y bailó... Siempre me han seducido la música y el baile, Arcadio, pero la voz insinuadora y los provocativos movimientos de aquella criatura me sumergieron en una turbación desconocida. Palidecí, enrojecí, un velo cubrió mis ojos, una sequedad horrible ató mi lengua, quedé petrificado.

Teófilo refirió, entre lamentaciones, de qué modo, poseído por el deseo de aquella mujer, le fué imposible volar hacia la celeste morada y tomó las apariencias de los hombres para vivir la vida terrenal. Ya estaba escrito: «Entonces los hijos de Dios advirtieron que las hijas de los hombres eran hermosas.»

Angel caído, privado de su pureza y de la presencia de Dios, aún conservaba Teófilo la sencillez de su espíritu. Cubierto con unos harapos que hurtó a un mercader israelita, se presentó a su adorada, que tenía un cuartito en Montmartre. El ángel se arrojó a los pies de la cupletista, dijo que no había en el mundo ninguna mujer tan encantadora ni que supiese cantar tan deliciosamente; añadió que le había enloquecido, que por ella

renunciaba a su familia, a su patria; que era músico y que no tenía ni un pedazo de pan. Conmovida por tan espléndida juventud, por tanto candor, tanta miseria y tal apasionamiento, ella le sentó a su mesa, le vistió y fué suya.

Después de largas y difíciles gestiones tuvo discípulos de solfeo, y entregó a su amiga el dinero que ganaba sin reservarse nada para sí. Desde entonces ella dejó de quererle y le despreció porque ganaba poco; le hizo sentir su indiferencia, su cansancio y su aburrimiento; le abrumó con reproches, ironías e injurias. Sin embargo le retenía, porque aún le fué peor con otros, y porque siendo en lo exterior muy ordenada, trabajosa y digna su existencia de artista y de mujer, necesitaba desahogarse y provocar a diario disgustos domésticos. Teófilo sufría candorosamente; la amaba con ternura y supo conservar el entusiasmo de la primera noche.

—El excesivo trabajo la destempla—dijo a su camarada celestial—, por esto es arisca y desapacible; pero estoy seguro de que me quiere; me afano para poder ofrecerle pronto un bienestar.

Y le habló minuciosamente de una opereta cuya música escribía con la esperanza de que se la representasen pronto en un teatro parisiense. Se trataba de la historia de Alina, reina de Golconda; un joven libretista sacó el asunto de un cuento del siglo XVIII.

—La siembra de melodías—dijo Teófilo—. Toda mi música es puramente sentimental; mi corazón es una fuente inagotable de melodías. Por desgracia, los aficionados prefieren ahora las complicaciones estudiadas, los procedimientos difíciles. Me reprochan una excesiva fluidez, una insoportable diafanidad; me dicen que no matizo bastante mi estilo, que no acierto a emplear la

armonía para producir efectos contundentes y contrastes vigorosos. ¡La armonía! ¡La armonía!... ¿Quién duda que sea un auxiliar de importancia? Pero no mueve nunca los corazones. En cambio la melodía nos transporta y nos arrebat; por ella sonríen los labios y asoman lágrimas a los ojos.

Y lo decía sonriente, con los ojos humedecidos; luego prosiguió emocionado:

—Soy un manantial de melodías, pero la instrumentación es mi tormento. En el Paraíso, ya lo sabes Arcadio, no conocíamos otros instrumentos que las arpas, los salterios y el órgano hidráulico.

Arcadio le oía sin prestarle atención, distraído por los proyectos que le preocupaban.

—¿Conoces algunos ángeles rebeldes?—preguntó a su compañero—. Yo sólo conozco uno, el príncipe Istar, con quien he sostenido alguna correspondencia, y me ha ofrecido compartir su buhardilla conmigo mientras encuentro un refugio en esta ciudad, donde creo que son muy subidos los alquileres.

Teófilo apenas tenía noticias de los ángeles rebeldes. Cuando tropezaba con algún espíritu desposeído, de quien fué camarada en otros tiempos, le estrechaba la mano afectuosamente; recordaba siempre con gusto sus viejas amistades, pero evitaba en lo posible tales encuentros con los ángeles malignos que le chocaban por la violencia de sus opiniones y le aburrían con su exaltada conversación. Al príncipe Istar veíale de cuando en cuando.

—Me parece que mis intenciones te desagradan—le dijo Arcadio con inquietud.

—Amigo mío, ni las apruebo ni las censuro; no comprendo tu exaltación. Además, me parece que, a cuan-

tos vivimos del arte, puede sernos perjudicial tener ideas polifásicas.

Era un artista de corazón y trabajaba gozoso con la esperanza de un triunfo no lejano, pero su carácter no se amoldaba fácilmente a las cicaterías de la vida entre bastidores. Llegó a convencerse de que para ver su obra representada tendría que admitir uno, dos, o acaso tres colaboradores, que sin haber trabajado con él cobrarían la mayor parte de los beneficios. Además, de día en día le iba siendo más difícil a Bocota conseguir contrataciones. Al presentarse, ya le preguntaban descaradamente los directores de los espectáculos qué participación tomaba en la empresa para que la consintiesen trabajar. Teófilo se dolía de aquellas costumbres, a las que no supo amoldarse.

CAPÍTULO XIII

Donde la hermosa Zita, que es un arcángel, declara sus magníficos propósitos, y donde se ven las alas de Mirrar apollilladas en una alacena.

Los dos ángeles llegaron al boulevard Rochechouart, y al ver una cervecería que proyectaba sobre la calle y entre la bruma un resplandor amarillento, Teófilo recordó de pronto al arcángel Ituriel, que bajo las apariencias de una mujer bella y pobre, habitaba un cuartucho amueblado en la Butte, y todas las noches iba a la cervecería para leer los periódicos. Zita era su nombre, y el músico gustaba de su conversación, pero sin indagar sus opiniones limitóse a saber que se la suponía nihi-

lista rusa, revolucionaria y atea como Arcadio, que se comentaba extrañamente su vida y que la creían andrógina; el principio activo y el pasivo equilibrábanse en ella y formaban un ser perfecto que, por hallar en sí mismo una completa y constante satisfacción, en una estable felicidad sentía la desgracia de ignorar el deseo.

—Yo no creo lo que se dice—añadió Teófilo—; la supongo tan mujer como las demás y sujeta al amor como todo lo que respira en el universo. Me consta que un día la sorprendieron mientras daba pruebas inequívocas de amante complaciente a un campesino robusto.

Después ofrecióse a presentársela.

Estaba sola y leía. Al acercarse los dos ángeles alzó sus divinos ojos, cuyas pupilas chisporroteaban como si fueran de oro incandescente. Sus cejas formaban ese arco severo que se admira en la frente del Apolo Píitio; su nariz era de correcto dibujo; sus labios, finos y delgados, daban a su rostro una expresión altanera; su cabello, castaño y llameante, se retorció bajo un sombrero negro, adornado al descuido con los restos ajados de un ave de rapiña; su vestido flotaba obscuro e informe; apoyaba la barbilla en su mano perezosa.

Como había tenido recientemente noticias de aquel poderoso arcángel, Arcadio supo expresar la mucha estimación que le merecía y la completa confianza que le inspiraba; le comunicó sus progresos hacia el conocimiento y la libertad, sus vigilias en la biblioteca d'Esparvieu, sus lecturas filosóficas, sus estudios naturalistas, sus trabajos de exégesis, su cólera y su desprecio al comprender las mentiras del demiurgo, su destierro voluntario entre los hombres y su proyecto de fomentar la rebelión en los cielos. Dispuesto a intentarlo todo contra un dueño cruel a quien perseguía con odio inex-

tinguible, sintió una inmensa alegría, seguro de que Ituriel era un espíritu capaz de aconsejarle y sostenerle hasta realizar su ardua empresa.

—No te has curtido aún en la rebeldía—le dijo Zita sonriente.

Pero confiada en la sinceridad, en la fuerza, en la resolución de Arcadio, le felicitó por su audacia intelectual.

—Es lo que más escasea entre los nuestros—dijo Zita—. No discurren bastante.

Y añadió inmediatamente:

—Pero ¿cómo es posible que se agucen las inteligencias en una región cuyo clima es templado y donde la vida es fácil? Aquí mismo, a pesar de las miserias que hostigan al espíritu, no abundan las preocupaciones intelectuales.

—Sin embargo—replicó el ángel custodio—, los hombres han sabido crear la Ciencia, y nos conviene mucho popalarla en el cielo. Cuando los ángeles adquieran nociones de física, de química, de astronomía, de fisiología, cuando el estudio de la materia les permita ver universos dentro de un átomo, y como un átomo las miriadas de soles, cuando alcance su inteligencia los dos infinitos, cuando pesen y midan los astros, analicen su substancia y calculen sus órbitas: creerán que esos monstruos obedecen a fuerzas que los espíritus celestes no saben definir, o que tiene cada uno de ellos su demonio tópico, su Dios indígeta; y comprenderán que los dioses de Aldebarán, de Betelgusa, de Sirio son mayores que Ialdabaoth. Cuando miren con atención el mundo insignificante a que viven apegados, y en la corteza de la Tierra observen la lenta evolución de las floras y de las faunas, los rudos orígenes del Hombre que en las caver-

nas de las rocas y en las ciudades lacustres vivía sin la sombra de un dios; cuando hayan descubierto que, unidos por los lazos de universal parentesco a las plantas, a los animales, a los hombres, revistieron sucesivamente todas las formas de la vida orgánica, desde las más sencillas y groseras hasta convertirse al fin en los más hermosos hijos del Sol: reconocerán que Ialdabaoth, obscuro demonio de un mundo mezquino perdido en el espacio, los engaña cuando les hace creer que han salido de la Nada al conjuro de su voluntad; reconocerán que miente cuando se considera el Infinito, el Eterno, el Todopoderoso, y que, lejos de haber creado los universos desconoce su número y sus leyes; le verán, por fin, semejante a todos ellos, le despreciarán, sacudirán su tiranía y le arrojarán al Infierno, donde arrojó a los que valían más que Él.

—¡Si fuera cierto lo que dices!—repuso Zita, mientras soplaba el humo de su cigarrillo—. Pero esos conocimientos que supones muy suficientes para libertar los cielos, no han destruido el sentimiento religioso en la Tierra. En los países donde fueron metodizadas y donde se estudian y se enseñan sin cesar esa física, esa química, esa astronomía, esa geología que te parecen lo bastante para trastornar el universo, conserva el Cristianismo todo su poder. Cuando las ciencias positivas influyeron de un modo tan superficial en la fe religiosa de los hombres, no es de suponer que impriman una huella más profunda en las opiniones de los ángeles, porque nada es tan incierto como la eficacia moral de los progresos científicos.

Arcadio se indignó.

—¿Te atreves a negar que la Ciencia, en muchas ocasiones, haya herido mortalmente a la Iglesia? ¿Es posi-

ble que pienses así? La Iglesia opina lo contrario, y su continuo temor le hace proscribir esa Ciencia que tú supones inofensiva, cuyas manifestaciones viene conde-nando desde los diálogos de Galileo hasta los manuali-tos del señor Aulard. Y no lo hace rutinariamente, sino en defensa de sus intereses amenazados. En otros tiem-pos, dueña absoluta de las grandezas del pensamiento humano, la Iglesia gobernaba los cuerpos al par que las almas, imponía por el hierro y el fuego la total obediencia. Hoy su poderío no es mas que una vana sombra, y los entendimientos más privilegiados se desligan de ella. Tal es el estado a que la Ciencia la redujo.

—No lo niego—repuso el arcángel mujer—; pero, ¡con cuánta lentitud, con cuántas alternativas!, ¡a costa de cuántos esfuerzos y de cuántos sacrificios!

Zita no dejaba de reconocer la influencia bienhecho-ra de los adelantos científicos, pero no se prometía efec-tos rápidos y seguros ¡tan necesarios! En su opinión, lo importante no era ilustrar a los ángeles, sino libertarlos. Creía preciso exaltar sus pasiones y defender sus in-tereses, para influir de un modo eficaz sobre toda clase de individuos.

—Persuadir a los ángeles de que les importa mucho derribar al tirano, porque serán felices cuando sean li-bres, ¿no sería lo más conveniente? Yo lo procuro con todas mis energías; y no se me ocultan los peligros de mi propósito, porque es el reino de los cielos una auto-cracia militar donde se desconoce la opinión pública; pero a pesar de todo no desmayo, y confío en abrir un surco por donde se deslicen las nuevas ideas. Puedo asegurar, sin vanagloria, que nadie conoce tan bien como yo las diferentes clases de la sociedad angélica.

Zita reflexionó un momento, y después, mezclando

su voz con los choques de las bolas sobre las mesas de billar, con las vibraciones cristalinas de los vasos, con la palabra seca de los jugadores que apuntaban sus tan-tos, con las respuestas monótonas de los mozos a las llamadas de los clientes, el arcángel enumeró la muche-dumbre de espíritus gloriosos.

—No es posible contar con las Dominaciones, las Virtudes y las Potestades, que componen la burguesía celestial; no es necesario que te lo demuestre, pues co-noces tanto como yo el egoísmo, la ruindad y la cobar-día de la clase media. En cuanto a los aristócratas, los ministros, los generales, Tronos, Querubines y Serafi-nes, sabes como yo que se abstendrán desde luego; sólo cuando se convenzan de que somos los más fuertes ven-drán a nuestro lado. No es fácil derribar a los autócratas, pero en cuanto se tambalean, sus más firmes soste-nes los abandonan. Conviene mucho la propaganda en los cuarteles: aun cuando el ejército es muy fiel, se de-jará influir por las ideas anarquistas. Nuestro mayor y más constante esfuerzo debemos concentrarlo sobre los ángeles de tu categoría, los ángeles custodios que abun-dan en este mundo. Como pertenecen a los grados infe-riores, casi todos viven descontentos y algo interesados en las ideas del siglo.

Zita estaba ya de acuerdo con los ángeles custodios residentes en los barrios de Montmartre, Clignancourt y Les Filles du Calvaire. Había concebido el plan de una extensa asociación de Espíritus sobre la tierra con el propósito de conquistar el Cielo.

—Para conseguirlo establecí mi residencia en Fran-cia; no por considerarme, neciamente, más libre y se-gura en una república que en una monarquía, pues no hay país alguno donde la libertad individual sea menos

respetada que en Francia; pero aquí el pueblo es indiferente en materia religiosa, y esto garantiza mi tranquilidad.

Propuso a Arcadio que unieran sus esfuerzos, y se despidieron al salir de la cervecería cuando ya el cierre metálico se precipitaba estruendosamente.

—Para empezar—dijo Zita—es indispensable que conozcas al jardinero Nectario. Yo te llevaré una tarde a su casita rústica.

Teófilo, que había dormido tranquilamente durante aquella larga conversación, suplicó a su amigo que le acompañase a su casa donde fumarían un cigarrillo. Vivía muy cerca, en la esquina de la callejuela de Steinkerque, a poca distancia de allí, a la vuelta del boulevard.

Teófilo deseaba que Arcadio conociese a Bocota, seguro de que le agradaría el trato de aquella mujer.

Subieron hasta el quinto piso. No encontraron allí a la cupletista. Sobre el piano había una lata de sardinas, abierta; las medias encarnadas serpenteaban sobre las butacas.

—Es un pisito pequeño, pero muy agradable—dijo Teófilo.

Se asomó a la ventana por donde se veía un cielo blanquecino surcado por infinitos resplandores, y prosiguió:

—Desde aquí se ve la iglesia del Sagrado Corazón.

Apoyó una mano en el hombro de Arcadio y dijo con insistencia:

—Me agrada mucho haberte encontrado; me agrada mucho, mucho.

Luego condujo a su antiguo camarada celeste por el

pasillo de la cocina, dejó la palmatoria, sacó del bolsillo una llave, abrió una alacena, descorrió una cortina y dejó al descubierto dos grandes alas blancas.

—Ahí las tienes—dijo—, las he conservado. De vez en cuando, para distraer mi soledad, las contemplo. Me confortan...

Se frotó los ojos enrojecidos.

Después de un silencio conmovedor, acercó la bujía a las enormes alas, que se hallaban a trechos desprovistas de su blanco plumón, y murmuró:

—Se apolillan...

—Ponles alcanfor—dijo Arcadio.

—Ya se lo puse—repondió el músico entristecido—. Les he puesto alcanfor, pimienta, sales; pero nada las conserva.

CAPITULO XIV

Que nos permite ver al querube afanado en la dicha de la Humanidad, y termina de un modo sorprendente con el milagro de la flauta.

La primera noche de su encarnación durmió Arcadio en la vivienda del ángel Istar, un desván de la estrecha y lóbrega calle de Mazarino que se enmohece a la sombra del viejo edificio de la Academia francesa. Istar, que le aguardaba, había quitado del medio, amontonándolas en un rincón, las retortas inservibles, las marmittas abolladas, los frascos rotos, los hornillos inútiles que componían su ajuar, y había extendido sobre los